

Eliseo Diego, las precisiones de la perplejidad

La editorial Siruela* acaba de hacer un incalculable favor a los lectores españoles de poesía y, sobre todo, a quienes, a través de ella, podemos dar un cierto sentido, que no explicación, a la vida. Esto que digo, claro está, tan trascendente como indiscutible, por mucho tiempo que algunos quieran perder tratándonos de convencer, con lacio hastío, de que el acto poético casi no sirve para nada y es tan inútil, según dicen, como todo —¡qué fácil es escribir y pensar en esta dirección!—, esto que digo, lógicamente, no lo consigue cualquier libro de poemas. Por fin podemos acceder, con total garantía, a la obra de creación de Eliseo Diego, uno de los poetas más irreprochables en el terreno de la ejecución técnica y hondo en la visión del mundo del último medio siglo de nuestra lengua. Si grave es el hecho de que haya pasado prácticamente desapercibido, sobre todo en España, lo es aún más cuando comprobamos con estupor, ¿por qué no decirlo?, la exacerbada promoción llevada a cabo con una poeta cubana, cuya obra —y no se trata aquí de discutir sobre gustos, sino de valorar, ajenos a cualquier criterio no estrictamente literario, la importancia de una obra poética bajo la luz crítica de sus aportaciones y logros artísticos— no tiene ni por asomo la densidad ni la perfección que posee la escritura del cubano Eliseo Diego, quien nace en 1920 y acaba de morir en este año que corre.

Antonio Fernández Ferrer ha preparado una amplia antología de textos poéticos, narrativos y críticos que, sobradamente, representa la obra de este autor, permitiéndonos entrar en ella con la confianza de que ningún aspecto atendido por esta escritura se ha quedado fuera de la compilación. De este modo, tenemos el privilegio de asistir a un mundo poético lleno de sugerentes y múltiples propuestas, que hacen que cada libro dialogue con los demás, tendiendo, de este modo, a dar una visión totalizadora de la existencia. Ojalá que el entusiasmo con que he vivido en este mundo

* *Eliseo Diego: La sed de lo perdido, antología a cargo de Antonio Fernández Ferrer, Siruela, Madrid, 1994.*

poético, me haya ayudado a mostrar la extraordinaria labor creativa de este hombre.



«Si la generación anterior, cuyo órgano fue la *Revista de Avance* (1927-1930), se había volcado, en su porción más progresista, hacia una literatura de carácter social que reflejó directamente la circunstancia, la nueva generación se basó (...) en soluciones de índole metafísica y religiosa (...). Hay (...) en estos escritores (...) un fuerte rechazo de la realidad circundante, considerada pobre de autenticidad y reducida a la pura apariencia.» Esta insatisfacción de la realidad circundante a la que se refiere Raúl Hernández Novás¹, se refleja en el primer libro de poemas del cubano, donde la memoria se alía al rigor de la creación poética, para oponer a la decadencia generalizada del entorno una dimensión de la realidad más sólida y tolerable que, de algún modo, le devuelva al hombre la confianza en sí mismo y en la propia escritura. Esta alianza entre memoria y palabra traza los dos sentidos fundamentales que la dirección del libro propone: de un lado, la nostalgia por un mundo perdido y, de otro, la potencia verbal que le permite al poeta recrear con creces este mundo y, a la vez, celebrarlo. De este modo, la realidad poética se erige en formidable alternativa al desengaño vital del momento presente. La poesía adquiere así el compromiso radical —y digo radical, como veremos, por la gigantesca labor que esto supone— de rescatar del olvido no ya recuerdos aislados, sino todo el magma del tiempo ido, toda su energía proyectada en la escritura. Esta labor constructiva de la memoria no abre jamás puntos de fuga a la inmediatez que supone siempre el tiempo presente. La actitud de Eliseo Diego no plantea una poética evasiva que aisle de su tiempo al escritor. La misión de la memoria aquí consiste en tapar huecos de insensatez e impedir, más aún, la insulsa dispersión de un momento histórico y literario en que la dejadez política y el conformismo facilón de una literatura de corte social hacían cada vez menos respirable una atmósfera cargada de banalidad. Ante esta situación disgregadora e insustancial, Eliseo Diego, compartiendo con otros escritores de su generación ciertas actitudes y premisas, hace de su poesía un gesto de abierta responsabilidad que, en lugar de dirigirse a la transformación de un colectivo, por lo demás, casi siempre impulsado por contaminaciones políticas y sociales antes que creadoras, parte de la exigencia personal consistente en revelar el mundo más cercano y familiar de quien escribe, pero no desde el simple recuento de lo perdido, sobre un recurrente tono de lamento, sino desde la esclarecedora intención de quien echa mano de lo que es más suyo para proponer una mirada rehumana-

¹ Raúl Hernández Novás, «Nombrar las cosas», Casa de las Américas, *La Habana*, 83, marzo-abril, 1974.

nizadora que nos enseñe a descubrir la realidad y a considerarla: «La poesía, a mi modo de ver, es una manera peculiar de mirar el mundo. Casi siempre, tenemos ojos y no vemos. Cuando, de pronto, miramos de veras, nace ya la poesía»². Así pues, *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949) establece un «discurso poético de cosas nombradas con pródigo fervor»³; cosas nombradas que, sin embargo, no comparten sólo la mera evocación agradecida, sino que, sobre todo, recomponen entre sí una densa red de relaciones por la que la memoria consigue dar sentido al conjunto de una realidad cuya trama establecen las cosas, las sensaciones de las cosas, los diversos ámbitos en que están e, incluso, las vibraciones de estos ámbitos⁴. De esta forma, este poemario supone una aspiración a la totalidad, entendida ésta como el esfuerzo por envolver al lector en un mundo lleno de suscitaciones y matices, imbuido de materialidad. En este sentido, se puede afirmar que el libro no sólo refiere objetos ni visiones determinadas, sino que nos muestra la dimensión compacta de este mundo, invitándonos a entrar en él antes que, simplemente, recordarlo. De ahí que el libro, en su conjunto, conforme toda una amalgama verbal de impresiones que, según Cintio Vitier⁵, confiere al libro un «rico y espeso equilibrio». Este espesor de la palabra da a esta realidad el relieve de lo tangible y la profundidad del espacio. Escribe Cintio Vitier que «Eliseo Diego significa entre nosotros la presencia de lo que Joubert llamaba “un espíritu espacioso” (...). Allí donde algunos quisieran darnos la flecha de la memoria, él nos regala la mansión de la memoria». Es, pues, en este libro, el espacio, antes que el tiempo, el que dispone la convivencia del poeta con las cosas, estableciendo una relación entrañable con ellas, ordenando su ubicación entre ellas gracias a la gravitación de los diversos ámbitos familiares que dicho espesor verbal reelabora. El centro de esta reordenación espacial se localiza en la casa, cuya irradiación de vitalidad influye también en el entorno exterior que colinda con ella, es decir, el ámbito de la calle y su apertura hacia el cielo. La calle es aquí la natural prolongación entrañable del ámbito familiar:

Las dos entre la sombra y en la pared el viernes
 ardiendo inmóvil como vellón purísimo del fuego. (...)
 La familiar baranda me rehace las manos
 y el portal, como un padre, mis días me devuelve.
 («La casa», *En la Calzada...*)

El *viernes* nada tiene que ver aquí con una referencia abstracta al calendario. Su disposición en el poema lo hace más concreto y le confiere la propiedad de la masa. El *viernes* no es aquí el signo evidente del paso del tiempo, sino la dimensión espacial de éste que, al tener la insólita cualidad de lo concreto sobre una pared, fija el entorno, nos lo muestra en su plenitud⁶. El *viernes*, por tanto, es antes el espacio del día, el nombre de este

² Eliseo Diego, «Cómo tener y no tener una alondra», Libro de quizás y de quién sabe, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1989.

³ Cintio Vitier, «En la Calzada de Jesús del Monte», Orígenes, La Habana, VI, 21, primavera, 1949; incluido en *Crítica sucesiva*, Ed. Unión, La Habana, 1971.

⁴ A este respecto, resulta fundamental el estudio de Raúl Hernández Novás sobre el tratamiento que las sensaciones y emociones reciben en esta obra, a diferencia del que desarrollaron los modernistas y el cubano Emilio Ballagas.

⁵ Op. cit.

⁶ «Eliseo Diego tiene en todo momento sus visiones inmóviles ante sí, puede palparlas con tiempo sobrado y espacio suficiente», Cintio Vitier, op. cit.

espacio, que la huella verbal del tiempo yéndose. El *viernes* supone el tejido epitelial que envuelve toda una interdependencia de ámbitos. Esta suerte de idoneidad espacio-temporal, donde el hombre siente aún su mundo entero en sustancial compenetración con las cosas, cuyo sentido y delicia no son cuestionados, gracias a los dones de la aceptación y la entrega, nos remite al comienzo sin historia en que la disponibilidad y la alabanza reconfortan de la conciencia de la caída, caída que es contrarrestada en forma de paraíso familiar, que de la memoria parece emerger completo, intacto, hasta el poema. De ahí que sea el ritmo versicular el que sustente casi todo este mundo; «la manera grande, el gran estilo, es también el del Génesis: versículo, discurso, oratoria solemne y despaciosa»⁷. Además, el versículo alberga con suficiencia la materialidad de lo real y proyecta sobre ésta toda su fuerza reverente:

¡Oh el hervor callado de la luna que sitia las tapias blancas
y el ruido de las aguas que hacia el origen se apresuran!
(«El primer discurso», *En la Calzada...*)

La solemnidad, sin embargo, no vacía de intimidación la atmósfera del libro, aunque ésta comparta con aquélla la dimensión de lo sagrado. Por esto, cuando este sentido de lo íntimo hace que las cosas y los espacios se recojan sobre sí mismos, el ritmo versicular también se recorta, sin perder la confianza en el decir ni la intensidad en el fervor:

Voy a nombrar las cosas, los sonoros
altos que ven el festejar del viento, (...)

Sin olvidar la compasión del fuego
en la intemperie del solar distante
ni el sacramento gozoso de la lluvia
en el humilde cáliz de mi parque.
(«Voy a nombrar las cosas», *En la Calzada...*)

En esta actitud y ritmo integradores de gran parte del libro encaja, mejor que en cualquier otro período de la obra de Eliseo Diego, esta reflexión del cubano sobre el poema, aunque no aluda específicamente a *En la Calzada...*: «la idea de semilla iba a proporcionarme una imagen del poema que sigo hallando utilísima: la imagen de un todo viviente en que se resumen incontables posibilidades o sentidos cuya expresión consiste, justamente, en su ser tácito»⁸. Sin embargo, esta estabilidad existencial no aguanta todo el curso del libro, y esa suerte de superficie continua, sin falla, que forman la realidad y la memoria, el espacio y el tiempo, empieza a quebrarse. Por consiguiente, la dirección del poemario se orienta ahora en el sentido de la nostalgia, nostalgia que esta vez la escritura no anula, sino que testimonia. El largo poema «El sitio en que tan bien se está» (*En la Calzada...*),

⁷ Aramis Quintero, «Prólogo» a *Prosas escogidas de Eliseo Diego*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1983.

⁸ Eliseo Diego, «A través de mi espejo», *Unión*, n.º 4, año IX, 1970, incluido también en *Prosas escogidas*.